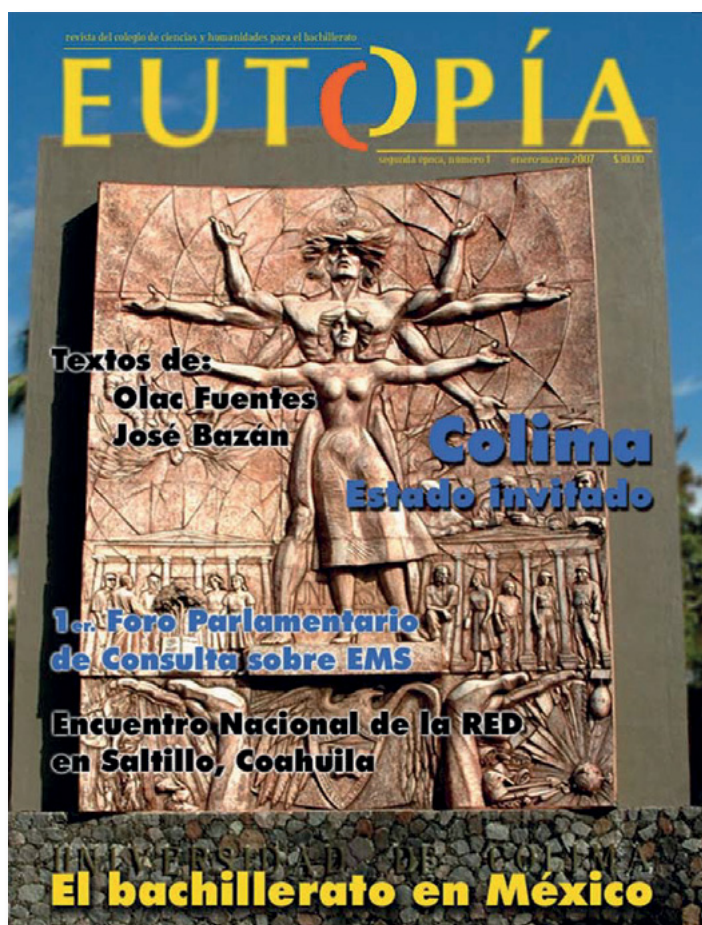


SEGUNDA ÉPOCA



EL PLACER DE LA LECTURA¹

FELIPE GARRIDO



¹ Publicado originalmente en: *Eutopia*, “Qué bachillerato requiere el país”, abril-junio de 2007, núm. 2, segunda época.



La falta de comprensión, la incapacidad de dar sentido y significado a los textos que se simula leer, es quizás el motivo primordial por el que la mayoría de los millones de mexicanos que tienen acceso a la escuela no llegan a convertirse en lectores, así pasen quince o veinte años de su vida entre libros; así terminen una licenciatura o un doctorado; así lleguen a ocupar posiciones destacadas en actividades de toda clase incluido, naturalmente, el campo de la educación. Creo que no es falso decir que uno de los ejes de nuestro sistema educativo es la simulación de la lectura. En la escuela, en todos sus niveles, aprendemos y enseñamos a simular la lectura. En la escuela aprendemos y enseñamos a repetir, en voz alta o en silencio, palabras que podemos pronunciar pero que no alcanzamos a comprender.

Aprendemos y enseñamos la simulación de la lectura cuando prestamos atención a lo accesorio y dejamos de lado lo esencial. Lo accesorio es eso que fue todo lo que yo pude poner, hace un instante, cuando simulé leer las cinco y media líneas iniciales de un libro de econometría: la modulación de la voz, la velocidad, la articulación de las palabras, la capacidad de seguir los signos de puntuación². Y no es que todo eso deba descuidarse, sino que todo eso debe ser consecuencia —no sustituto— de que se ha atendido lo esencial: la capacidad de identificar, construir y seguir unidades de significado de complejidad creciente; la capacidad de atribuir al texto sentido y significado. Para decirlo lisa y llanamente, la capacidad de comprender, de ir más allá de lo que Julio Cortázar llama la “corteza cultural”.

No es que yo menosprecie la memorización. Al contrario, me parece un ejercicio indispensable que lastimosamente se ha abandonado creyéndolo enemigo del razonamiento y de la comprensión. A veces, memorizar un texto puede ser el primer paso en el camino de su comprensión. Porque la comprensión no es algo que se nos dé de un golpe sino algo que construimos, en ocasiones penosamente, con enormes dificultades. Aprendemos a construir la comprensión y, en la medida en que ejercitamos esta habilidad la vamos facilitando y podemos perfeccionarla hasta el punto de perder conciencia de su complejidad. Pero, insisto, memorizar no es comprender. Lo ideal sería memorizar textos que comprendemos, y llegar a comprender textos que hemos memorizado.

¿Qué es comprender? Comprender es la capacidad de atribuir sentido y significado a un signo. Los signos, por ellos mismos, carecen de significado. Atribuírsele es facultad del observador. ¿Qué significa una estrella solitaria? Entre otras cosas, puede ser Cuba, o la luminaria que llevó a los magos al pesebre del niño divino, o una marca de cerveza. Todo depende de quién vea esa estrella, en dónde, en qué circunstancias. Esos otros signos que son las palabras, y los signos que las palabras forman al combinarse; esos otros signos que son las frases, los párrafos, los capítulos, una obra entera, están allí frente a noso-

² Todo eso a lo que se le presta atención en esos vanos y lastimosos concursos que con frecuencia se organizan para encontrar al “niño lector del estado”, o de la escuela, o de donde sea, como si se tratara de un fenómeno de feria.

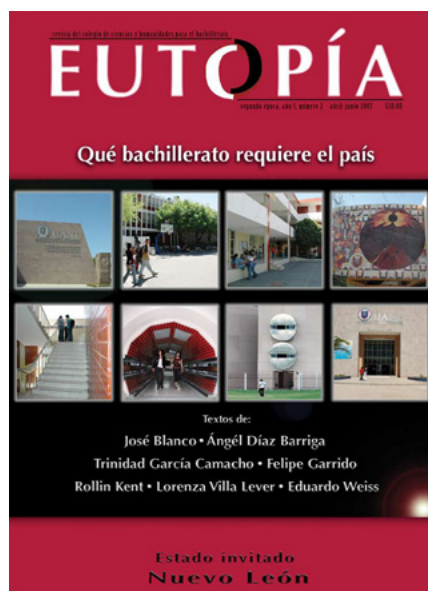
tros, en espera de que les demos sentido y significado. Aprender a atribuirles sentido y significado es aprender a comprender; es decir, aprender a leer.

¿Cómo aprendemos a comprender? ¿Cómo, un día más o menos remoto, supimos que la estrella solitaria es una marca de cerveza, o la estrella de Belén, o la isla de Martí? ¿Cómo aprendimos a reconocer en la calavera sobre las tibias cruzadas una señal de peligro? ¿Cómo llegamos a apropiarnos de un sistema de signos tan complejo como el que hace falta para seguir un juego de fútbol o de beisbol? Ciertamente no fue por medio de esos sistemas de tortura a los que son sometidos los alumnos cuando se les hace leer. Nunca he visto que nadie sea sujeto a un interrogatorio, ni sea obligado a elaborar un resumen después de haber asistido a un partido de fútbol o de haber visto una película o un programa de televisión. Y, evidentemente, estamos mucho mejor educados para ver beisbol, cine y televisión que para leer. Y, sin embargo, para disfrutar los deportes, el cine y la televisión, como para gozar la lectura, lo esencial es comprender.

Comprender, cargar de sentido y de significado un signo, es la primera condición para el placer. De alguna manera, todo placer comienza o descansa en el placer de comprender. Una caricia, igual que una novela, igual que una pieza musical, requiere ser comprendida. Una caricia que no se comprende difícilmente puede ser placentera.



Comprender
es la
capacidad de
atribuir sentido
y significado a
un signo.



Recuerdo una tarde de lluvia en que yo leía algunos de mis cuentos frente a un grupo de muchachas y muchachos, estudiantes de preparatoria. Se me ocurrió que “Nocturno” podía interesarles. Un hombre tiene a su lado una mujer desnuda: “Sombras sobre sombras; una línea de luz en las caderas. Sus ojos brillaban en secreto. Comencé a besarle las axilas...”³. La carcajada fue tan unánime, tan espontánea, tan explosiva, que me sumé al grupo: yo no sabía, hasta ese momento, lo jóvenes, lo inocentes que eran; lo lejos que estaban de comprender esa caricia. Entre otras cosas, la comprensión es cuestión de experiencia.

La experiencia, el viejo método de prueba y error, la confrontación de las expectativas, las anticipaciones, las predicciones del lector contrastadas con el resultado de la lectura es uno de los caminos hacia la comprensión.

Cuando hablo de experiencia me refiero a la experiencia personal y, también, a la ex-

3 El cuento es tan breve que no resisto la tentación de reproducirlo completo:

—Hace tanto tiempo —me dijo al oído, jadeante todavía, y se acodó a mi lado desnuda como el viento. Sombras sobre sombras; una línea de luz en las caderas. Sus ojos brillaban en secreto. Comencé a besarle las axilas; bajé a mordiscos por el perfil de luna; me detuve en las corvas; la escuché suspirar. —Sígueme soñando —le supliqué—. No vayas a despertar.

Véase *La Musa y el garabato*. México: FCE, 1992, pp. 19-20.

perencia colectiva, a la experiencia social. Pues el sentido de la lectura y el de la escritura —no deberíamos pensar en una sin la otra—, como el de la estrella en soledad, como el de la calavera y las tibias, como el del juego de pelota, como el de una película o un programa de televisión, se construyen en una dimensión eminentemente social, cultural, aunque esto muchas veces no se tome en cuenta cuando, más allá de la indispensable alfabetización, nos ocupamos de la formación de lectores.

Quiero decir con esto que en general no tratamos un texto como tratamos una película o un partido de beisbol. No lo convertimos en tema de comentarios y discusiones; no lo compartimos con la misma vitalidad ni lo incorporamos tan profunda y vigorosamente al acervo de nuestras experiencias comunes. Tal vez porque, en realidad, muchas

veces nosotros mismos no somos lectores tan genuinos ni tan avezados como deberíamos. Mientras los maestros no se conviertan en lectores, en lectores auténticos, en lectores de literatura —ningún lector está completo si no lo es también de literatura— y no solamente de los textos que les pide su profesión —esa es una manera de ser analfabetos por especialización— será poco lo que puedan hacer para convertir en lectores a los demás.

El diálogo, la dimensión social, colectiva de la lectura, es esencial para construir la comprensión. Con la ventaja de que esa dimensión se extiende en el espacio y en el tiempo al través de la propia lectura.

¿Cómo podemos facilitar, propiciar la comprensión? ¿Cómo pueden los maestros, por ejemplo, alentar en los alumnos la capacidad de comprensión? Hemos hablado de una experiencia compartida. Quiero señalar que esa experiencia deberá estar orientada a formar nuevas redes de referentes, a enriquecer las que ya se conocen, a capacitar al lector primerizo para que lo haga por cuenta propia. (Eso mismo es lo que hacemos en un partido de futbol, ante una película, una pintura, un edificio o una persona desconocida).

Porque estamos hechos de palabras. Nos expresamos y nos comunicamos con palabras. Son palabras las ideas, las creencias, los sentimientos y los pensamientos. Son palabras los recuerdos, los proyectos y los sueños. Hacemos amigos, trabajamos y nos divertimos, aprendemos y enseñamos con palabras.

Por eso mismo, nada hay más básico, más necesario, más urgente para la formación y la educación que el dominio del lenguaje. Ese es el primero de los aprendizajes que todo ser humano requiere. Decir lenguaje



es decir la voz y la escritura; la capacidad de entender lo que se escucha y entender lo que se lee; es decir y escribir lo que deseamos expresar o comunicar. El lenguaje, hablado y escrito, es el instrumento indispensable para formar la conciencia y ordenar la experiencia; para conocer el mundo y transformarlo.

Estar alfabetizado significa tener la capacidad de emplear el lenguaje escrito con fines pragmáticos, de indudable utilidad, como estudiar o trabajar. Ser lector significa, además de eso, haber descubierto que los libros son amigos que nos cuentan historias, nos acompañan, nos consuelan y dan consejo; nos llevan a conocer lugares y personas. Que los libros abren espacios para dialogar, oportunidades de conocer ideas y explorar nuevos caminos. Ser lector significa haber convertido la lectura en una actividad de todos los días, una manera de aprender, sentir, pensar y crecer; de profundizar en la comprensión del mundo y de la vida. Haberse apropiado del lenguaje escrito para satisfacer, mediante la escritura, las propias necesidades de expresión y de comunicación.

Lejos de hacerse lectores, en su paso por los diez grados obligatorios de educación básica, la mayoría de los alumnos quedan apenas alfabetizados: este es el lastre más pesado de nuestro sistema educativo, de nuestra sociedad, de nuestro país. La razón es la falta de programas especiales de lectura y escritura —como el que seguía Antonio Alatorre en Autlán—, limitar estas actividades a ejercicios en la clase de español; no tener como meta, desde un principio, formar lectores capaces de escribir lectores que hayan descubierto el placer de leer: no hay de otros.

Las consecuencias son catastróficas. A mitad de los noventas del siglo pasado, cada año había más o menos 150 mil aspirantes a



ingresar en las preparatorias de la unam. De los más o menos 35 mil que lograban entrar, 35 por ciento —entre doce y trece mil— reprobaban los exámenes de comprensión de lectura en el primer semestre de bachillerato: no podían hacer un resumen, relatar la trama ni decir quién era el personaje principal del cuento. Esas cifras explican mucho de lo que sucede en el país. De los 150,000 aspirantes, sólo 23,000 (15 por ciento) pasaban los exámenes de lectura. Los 150,000 sabían leer y escribir, pero 85 de cada cien lo hacían apenas en un nivel utilitario que les había permitido aprobar los exámenes de seis grados de primaria y tres de secundaria, pero no comprender lo que intentaban leer.

México necesita más y mejores lectores. Demasiados mexicanos no conocen los placeres ni las ventajas de la lectura. No me refiero tanto a que haga falta más gente alfabetizada, sino más gente acostumbrada a leer. Gente que sea capaz de informarse,

Estar alfabetizado significa tener la **capacidad de emplear el lenguaje escrito** con fines pragmáticos, de indudable utilidad, como estudiar o trabajar.

Nuestro mayor problema de lectura no es que los analfabetos no puedan leer, sino **que los estudiantes y los profesionales**, que la población escolarizada **no suela adquirir la costumbre de leer.**

educarse y divertirse, de multiplicar sus experiencias mediante los libros; que sepa y quiera apagar el televisor. Pero será difícil tener más y mejores lectores si no se dedica un esfuerzo directo a su formación.

La formación de lectores no debe ser confundida con la indispensable alfabetización. Alfabetizar a una persona, sea cual fuere su edad, no significa convertirla en lector. Hace falta orientarla y estimularla para que se aficiona a la lectura. “El maestro —dice Juan José Arreola— debe comunicar su personal deleite de lector, ilustrar el estudio con metáforas, hacer del curso mismo una obra literaria llena de animación y movimiento, de emoción y fantasía”.

Tampoco debe confundirse el hábito de la lectura con el consumo, a veces limitado a la mera compra, de los libros de texto, que se hace de manera obligada. Nuestro mayor problema de lectura no es que los analfabetos no puedan leer, sino que los estudiantes y los profesionales, que la población escolarizada no suela adquirir la costumbre de leer.

Si se quiere elevar el índice de lectura hará falta publicar libros a precios accesi-

bles y distribuirlos de manera eficiente y poner en servicio más y mejores bibliotecas y librerías. Sobre todo, hará falta dedicar tiempo, talento, imaginación y recursos a la formación de lectores: esto es, hará falta instituir prácticas que nos acostumbren a disfrutar y usar los libros.

A leer se aprende leyendo. La lectura de los padres y del maestro en voz alta; la lectura con los alumnos a varias voces; el convertir la biblioteca en un lugar de deleite; el dedicar un tiempo a diario a la lectura, en el hogar y en la escuela, desligándola de cualquier tipo de obligación; el atender las sugerencias de lectura que presenten los alumnos; el indispensable ejemplo de los padres y los maestros; todas éstas son actividades que deberían ser puestas en práctica de manera permanente, humilde y entusiasta.

